



Vienen meses intensísimos para el país, meses de definiciones. Ojalá sepamos escapar de la cómoda polarización para interactuar con los más.



**GABRIELA
WARKENTIN**
@warkentin

El pasmo de la resonancia

¿Quedará para la historia este momento que vivimos como aquel en el que solo supimos hablarnos al ombligo?

Y no es albur ni erótica sugerencia; es acaso la sola preocupación de que tal vez no supimos cómo hacerle.

Los debates sobre temas sustantivos para nuestro país corren el peligro de nunca salir de las burbujas en que se han enquistado y, por lo mismo, de jamás alcanzar a públicos más allá de iniciados o conversos. Si seguimos como vamos habremos perdido la enorme oportunidad de socializar lo importante y de explicar lo complejo para ampliar perspectivas y sumar voluntades. Es hora de reconocer que mientras la mayoría de la gente resuelve su cotidianidad con las herramientas simbólicas de que dispone, las élites del discurso político (partidista o no) se dan (o nos damos) el lujo del deleite en la polarización para hacer más gordas unas burbujas que hace rato dejaron de tocar territorio.

¿Quién se ha tomado la molestia,

por ejemplo, de explicar lo más amplio posible y con peras y manzanas qué es la militarización que tanto preocupa y, de paso, poner sobre la mesa por qué debería de ocuparnos?

Ya sé, antes de que me regañen, que hay infinidad de artículos en igual número de publicaciones y libros y debates en medios y diversos coloquios con mentes respetabilísimas que discurren sobre la materia.

¿Y de qué ha servido?

Hoy, en el Congreso, por mirar a alguien, muchos que alguna vez votaron a favor de las Fuerzas Armadas en materia de seguridad pública, votan contra y denuncian atropellos que antes se oponían con fervor y decisión, hoy votan a favor porque así conviene a un gobierno que sigue avasallando con su narrativa. Allá ellos y el daño que le infligen al país. Espero que sepamos reclamárselos como y donde corresponda.

Pero, ¿y todos los demás?

Creo que es momento de que las universidades vuelvan a ser espacios

de debates sustantivos no solo para enterados. Que las organizaciones de la sociedad civil se replanteen a quiénes les están hablando, cómo y para qué. Que defensores de causas no solo emitan comunicados elaborados, sino que retomen el mirar a los ojos y hablar de frente a quienes quieren que sean sus interlocutores para los fines que persiguen. Que desde los medios seamos conscientes de las historias que privilegiamos. Y que todos nos sacudamos el pasmo de los años que han sido y retomemos iniciativas discursivas y de acción si no queremos terminar refundidos en la irrelevancia.

Me niego a aceptar que unos cuantos polarizados tengan secuestrado el debate sobre lo público. Y sí, coincido con muchos analistas en que la oposición está perdida en alguna búsqueda de sentido y que el poder se regodea en la soberbia de su primacía. Pero los demás, hagamos autocrítica, reconozcamos nuestro fracaso hasta generacional que nos tiene donde estamos y pongamos manos a la obra. México es mucho



más que sus cajas de resonancia y mucho más amplio que las burbujas que nos contienen.

Ah, y dejemos de culpar a las redes sociales de la estridencia del debate. Sí, el algoritmo es perverso, pero nuestra rendición ante él lo es un poco más.

El 16 de septiembre estuve viendo el desfile militar por televisión con algunas personas nada partidarias de López Obrador. Y ahí estábamos, platicando en viernes de asueto mientras la narración oficial nos machacaba una y otra vez que si la Guardia Nacional esto, que si los carros de la Guardia Nacional, que si los perros de la Guardia Nacional, que si el cielo de la Guardia Nacional, que si la entrega de la Guardia Nacional, que si los valientes de la Guardia Nacional, que si la Guardia Nacional Guardia Nacional Guardia Nacional. Una de las personas con quien estaba me miró y dijo: si lo de la Guardia Nacional funciona para poner orden, bienvenida. Ya ni intenté explicar por qué la militarización es nuestra derrota: sabía que tenía perdida la oportunidad narrativa.

Vienen meses intensísimos para el país, meses de definiciones. Pero también meses de recuperar interlocuciones, de revivir plazas, de inventar espacios de encuentro. Ojalá sepamos escapar de la cómoda polarización y de la seducción de nuestras resonancias, para interactuar con los más, explicar, escuchar, convocar, defender.

Y en una de esas hasta dejamos de hablarnos al ombligo.